

una grande influencia y la ejerció en efecto. Llevaba poderes absolutos casi para todas las cosas. Con su carácter y sus instrucciones, se podía decir de él que era la Inglaterra personificada que se incorporaba en el campo de los aliados. Habiendo salido de Londres á fines de diciembre, y habiéndose detenido en Holanda para aconsejar al príncipe de Orange, no se le esperaba en Friburgo hasta mediados de enero. Nadie había querido tomar un partido sin él, ni dar una respuesta; todos deseaban verle y se disputaban la primacía en hablar con él para conquistarle en favor de la causa que cada cual defendía. Alejandro le envió á decir con lord Cathcart que quería hablarle antes que nadie.

Esto procuró á Mr. de Metternich un medio para contestar al negociador francés. Con efecto, mandó decir á Mr. de Caulaincourt que, habiendo tomado la Inglaterra el partido de enviar á su ministro de Relaciones extranjeras al campo de los aliados, se veían obligados á esperarle antes de designar el lugar, el objeto y dirección de las nuevas negociaciones. Además de esta respuesta oficial Mr. de Metternich escribió una carta particular á Mr. de Caulaincourt, cortés y afable en cuanto á su persona, pero llena de reserva en cuanto al fondo de las cosas, y cuyo sentido era que continuaban deseando la paz, que la esperaban, que no se debía renunciar á ella; pero que era preciso tener más paciencia. Silencio absoluto en cuanto á la posibilidad de suspender las hostilidades. A esta carta acompañaba otra del emperador Francisco para María Luisa. Este príncipe había creído que su hija estaba enferma, había pedido noticias suyas y contestaba después de haberlas recibido. Manifestaba á María Luisa mucho afecto, un gran deseo de la paz, muchas esperanzas de concluirla, la resolución de trabajar incesantemente con este fin, y por último, el sentimiento de tropezar con graves dificultades en medio de aquel trastorno de ideas, resultado del inmenso trastorno de las cosas en medio de los veinte años transcurridos (1).

(1) Cito aquí esta carta interesante é instructiva que pinta exactamente las disposiciones personales del emperador de Austria por su hija, por su yerno y por la Francia.

«26 de diciembre de 1813.

»Mi querida Luisa: He recibido ayer tu carta del 12 de diciembre y con placer he sabido que estás buena. Te agradezco los votos que me diriges con motivo del año nuevo; me son preciosos porque te conozco; yo te ofrezco los míos de todo corazón. En lo que toca á la paz vive persuadida que no la deseo menos que tú, menos que toda la Francia y menos que tu marido, según creo. Sólo en la paz se encuentra la felicidad y la salvación; mis miras son moderadas. Deseo todo lo que puede asegurar la duración de la paz, pero no basta querer en este mundo. Tengo también que llenar grandes deberes con respecto á mis aliados, y desgraciadamente las cuestiones de la paz futura, y que me prometo se halla próxima, están muy embrolladas. Tu país ha trasformado todas las ideas. Cuando se toca á esas cuestiones, hay que combatir quejas muy justas ó preocupaciones. La cosa no por eso deja de ser el voto más ardiente de mi corazón, y espero que podremos reconciliar á nuestras gentes. En Inglaterra no hay mala voluntad, pero se hacen grandes preparativos. Esto necesariamente ocasiona tardanza hasta que por fin la cosa marche; entonces irá adelante si Dios quiere. Las noticias que me das de tu hijo me han alegrado mucho. Tus hermanos y hermanas estaban buenos según las últimas noticias que he recibido, así como mi mujer; yo también sigo bueno. Créeme siempre.

»Tu tierno padre,  
»FRANCISCO.» (N. del A.)

Mr. de Caulaincourt transmitió estas diferentes respuestas á Napoleón, y guardándose de atraer hacia su persona la atención pública para no aumentar la humillación de su posición, esperó en las avanzadas que la llegada de lord Castlereagh, anunciada como próxima, diera margen á comunicaciones más importantes.

Napoleón conservaba pocas ilusiones, y por eso no le sorprendió la acogida que se había hecho á Mr. de Caulaincourt. Cada día sus ejércitos operaban un nuevo movimiento de retirada y ya no podía diferir más el ir á ponerse á su cabeza. El mariscal Víctor, espantado hasta lo sumo con la masa de los enemigos, había concluido por reparar los Vosgos después de haber abandonado todos sus desfiladeros; su heroica caballería de España, que no participaba de su desaliento, caía constantemente sobre los escuadrones enemigos y los destrozaba en cuanto se ofrecían á sus golpes. Habíase replegado sucesivamente sobre Epinal y Chaumont, y había ido á tomar posición en el Alto Marne cerca de Saint-Dizier, después de haber perdido con el cansancio y la desertión de dos mil á tres mil hombres. En ese estado le quedaban cuando más siete mil infantes y tres mil quinientos caballos. El mariscal Marmont, después de haber intentado oponerse á Blücher en el Sarre, se había replegado sobre Metz deteniéndose allí un momento para dejar en guarnición la división Durutte (aquella que había sido separada de Maguncia y que el mariscal había recogido en el camino), y luego se había retirado sobre Vitry con unos seis mil infantes y dos mil quinientos caballos. A estos dos mariscales se unió en el Alto Marne el mariscal Ney con las dos divisiones de la joven guardia reorganizada entre Metz y Luxemburgo, en tanto que el mariscal Mortier, después de haber avanzado hasta Langres con la vieja guardia retrocedía hacia Bar-del-Aube seguido de cerca por el general Giulay y por el príncipe de Wurtemberg.

Napoleón había creído que en el movimiento de retirada se podrían reforzar con rápidos reclutamientos los cuerpos de Marmont, Víctor y Macdonald, elevándolos á quince mil combatientes cada uno. Es cierto que recibieron el refuerzo de algunos hombres; pero la desertión y la necesidad de guarnecer las plazas les habían reducido á las débiles proporciones que acabamos de indicar. La guardia que Napoleón había creído poder elevar á ochenta mil hombres de infantería, sólo contaba treinta mil, de los cuales siete ú ocho mil estaban en Bélgica con los generales Roguet y Barrois; seis mil con el mariscal Ney cerca de Saint-Dizier y doce mil con el mariscal Mortier en Bar-del-Aube. Es verdad que en París se acababan de organizar diez mil.

La guardia de caballería de diez mil hombres propios para el servicio, tenía seis mil montados, una mitad con Mortier y la otra con Lefebvre-Desnoettes. Este último volvía apresuradamente del Escalda al Marne. De las divisiones de reserva que se formaban en París entregando quintos en los depósitos, una con seis mil hombres apenas, confiada al general Gerard había marchado antes de estar completa para ir á reforzar al mariscal Mortier en las orillas del Aube; la otra había pasado á Troyes con el general Hamelinaye, y contaba unos cuatro mil reclutas desprovistos de toda instrucción. La reserva de caballería formada en Versalles con la reunión de todos los depósitos del arma, había suministrado ya

tres mil hombres que el general Pajol, cubierto de heridas mal cicatrizadas, había conducido á Auxerre. Tales eran los recursos que la rapidez de los sucesos había permitido reunir en el mes de diciembre. Ahora hay que añadir los guardias nacionales que llegaban de Picardía á Soissons, de Normandía á Meaux, de Bretaña y del Orlanés á Montereau, y de Borgoña á Troyes.

Aunque con tan débiles recursos, Napoleón se prometía hacer frente á la tempestad: ordenó que se terminara cuanto antes la creación de las dos divisiones de la joven guardia y que se sacaran quintos de los depósitos para la organización de las divisiones de reserva. Recomendó que no se dejara á los hombres un solo día en París en cuanto tuvieran una chaquetilla, un chacó, zapatos y un fusil, y que salieran en el punto que se hallaran de su instrucción. Por último, dió también una nueva actividad á los talleres de vestuarios establecidos en París, pero halló en cuanto á las armas de fuego más dificultades que en las otras partes del material. En Vincennes sólo había seis mil fusiles nuevos y treinta mil viejos en que se ocupaban diariamente para ponerlos en buen estado.

Apenas eran bastantes para armar á los hombres que ingresaban en los depósitos conforme iban llegando. La artillería que reunían en Vincennes, provista de caballos que se recogían por todas partes, debía salir inmediatamente para Chalóns, donde se preparaba la concentración de nuestras fuerzas. Los recursos personales de Napoleón suministraban los fondos que ya no podía dar el erario.

Mr. de Molién, buen administrador en tiempos de paz, sorprendido por esas circunstancias extraordinarias, no había podido cubrir los gastos del ejército á pesar de los céntimos adicionales. Napoleón, de los sesenta y tres millones que le quedaban de sus ahorros, había entregado diez y siete al general Drouot para la guardia; unos diez al Tesoro para necesidades varias; ocho para remontas, vestuarios y fabricación de armas; uno á sus hermanos, á la sazón reyes sin corona y sin dinero; destinaba cuatro para sus gastos de campaña y dejaba veintitrés á veinticuatro en las Tullerías para atender á las necesidades urgentes é imprevistas.

Si hubiese podido traer las tropas de España, habría tenido en aquel momento un refuerzo precioso; pero seguían careciendo de noticias acerca de la acogida hecha al duque de San Carlos y al tratado de Valencey. Fernando VII, que esperaba con impaciencia que se abrieran las puertas de su cárcel, no tenía más noticias que el gabinete francés (1). Este silencio era de mal agüero, y en todo caso no permitía que se dejase desguarnecida la frontera antes de saber si los españoles y los ingleses volverían á pasar los Pirineos. Sin embargo, como hemos visto ya, Napoleón había ordenado al mariscal Suchet que encaminara doce mil hombres hacia Lyon, y al mariscal Soult que trajera quince mil á París todos en posta. A estas fuerzas juntó dos de las cuatro divisiones de reserva formadas en Burdeos, Tolosa, Montpellier y Nimes. Las cuatro no contaban más de

(1) En la obra de Mr. Fain, que contiene más de un error sobre este punto, aunque está escrita con presencia de los documentos de Mr. de Basano, se dice que Fernando VII llegó á Madrid el 6 de enero, siendo así que no salió de Valencey hasta el 19 de marzo. (N. del A.)

diez y ocho mil quintos, en vez de sesenta mil que había pensado reunir, pero se componían de cuadros excelentes sacados de los ejércitos de España. Napoleón dirigió á París la de Burdeos, que tenía unos cuatro mil hombres, y á Lyon la de Nimes, que constaba de unos tres mil.

Tan grande era su apuro que estos recursos eran para él importantísimos. Las tropas que marchaban á Lyon debían servir para componer el ejército de Augereau; y las que venían á París debían aumentar esa concentración de tropas de todas clases, joven guardia, batallones sacados de los depósitos, guardias nacionales y antiguas partidas de España, de las cuales se prometía ir sacando á medida que estuvieran dispuestas para sostener la espantosa lucha que iba á empeñarse entre el Sena y el Marne. Por último Napoleón se ocupó de la defensa de la capital.

Más de una vez, aun en medio de sus prosperidades, Napoleón, por una especie de perspicacia que le descubría las consecuencias de sus faltas, sin darle el poder de evitarlas, había creído ver los ejércitos de la Europa al pie de Montmartre, y á cada una de esas sinistras visiones había pensado en fortificar á París. Pero después, arrebatado por el torrente de sus pensamientos y pasiones, había gastado millones en Alejandría, Mantua, Venecia, Palma Nova, Flesinga, el Texel, Hamburgo y Dantzick, y nada había consagrado á la capital de la Francia. Si en aquellos tiempos de prosperidad se hubiera ocupado en tal proyecto, habría hecho reír á los parisenses y el mal no habría sido grande; mas en enero de 1814 los habría hecho temblar, y habría aumentado en unos la mala voluntad y la consternación en otros. Sin embargo, París, á su juicio, á cubierto de los ataques, habría casi asegurado el triunfo de la próxima campaña; pues si al maniobrar entre el Aisne, el Marne, el Aube y el Sena, que corren concéntricamente hacia París, hubiera estado sin temores con respecto al punto común en que se reúnen, habría adquirido una libertad de movimiento á cuyo beneficio, con su genio, con el perfecto conocimiento de los lugares, y con la posesión de todos los pasos, habría podido sacar una ventaja inmensa contra su enemigo, apurado en su marcha, siempre dispuesto á arrepentirse de haber adelantado demasiado, y probablemente le habría sorprendido en alguna falsa posición donde le habría derrotado. Por eso no cesaba de pensar en el armamento de París, pero temía el efecto moral de una precaución semejante. Había pedido á un comité de oficiales ingenieros, encargado de ocuparse extraordinariamente de las plazas fuertes, un plan para la defensa de la capital, con recomendación de guardar el secreto; mas como los planes que le había propuesto exigían obras inmediatas y muy aparentes, hubo de renunciar á la idea, y se había contentado con elegir de antemano y con sigilo los sitios en donde podría hacer reductos; con preparar fuertes empalizadas, ya para reformar el recinto, ó ya para levantar tambores delante de las puertas; y en fin, con reunir un suplemento considerable de artillería y de municiones, reservando para el postrer momento, y con el socorro de la población y de los depósitos, el organizar una defensa obstinada de la gran ciudad que contenía sus recursos, su familia, su gobierno y la clave de todo el teatro de la guerra.

A mayor abundamiento, ordenó otras varias medidas relativas á la Bélgica, á la Italia, á Murat y al papa. Descontento del general Decaén por causa de la evacuación de Willemstadt, le reemplazó con el general Maisón que se había distinguido tanto en las últimas campañas. Las instrucciones que dió á este último fueron que se estableciera en su campo fortificado delante de Ambrés con tres brigadas de la joven guardia y los batallones del primer cuerpo que ya había habido tiempo de formar, y que tratara de contener á los enemigos en el Escalda, con la amenaza de caer á su retaguardia si marchaban hacia Bruselas. Prescribió á Macdonald que se replegara sobre el Argona y de allí sobre el Marne con los 5.º y 11.º cuerpos y el 3.º de caballería; pidió al príncipe Eugenio que le enviara, si es que podía hacerlo sin comprometer la línea del Adige, una fuerte división que, pasando por Turín y Chambery, llegaría á reforzar á Augereau; se obstinó en guardar silencio con Murat, quien instaba más cada día y amenazaba con unirse á la coalición si no le cedían la Italia á la derecha del Po; y por último, no sabiendo qué hacer del papa en Fontainebleau, donde podía llegar á libertarle el enemigo cuando él no quería devolverle aún por temor de complicar los asuntos de Italia, le hizo marchar á Savona bajo la escolta del coronel Lagorce, que en su guarda había sabido unir ya el respeto con la vigilancia. Como los austriacos no habían podido hasta entonces ni forzar el Adige, ni avanzarse á Génova, Savona era todavía un lugar seguro (1).

Terminadas estas disposiciones, Napoleón resolvió partir. La emperatriz debía ejercer la regencia en su ausencia, como la había ejercido ya en la campaña anterior, teniendo de consejero secreto al príncipe archicanciller Cambaceres. José quedaba encargado de secundarla y aun de reemplazarla, si ella marchaba de París; pues al proponerse defender á París á todo trance, Napoleón no se había decidido á dejar en él á su mujer y su hijo expuestos á las bombas y á las balas, y quizá también al cautiverio, si la coalición conseguía forzar las defensas improvisadas de la capital. En caso de retirada de la emperatriz al interior del imperio, José y los demás hermanos de Napoleón, á la sazón reunidos en París, debían dar el ejemplo del valor á la guardia nacional, y morir si era preciso en defensa de un trono más importante para ellos que el de España, Holanda y Westfalia, pues ese era no solamente el principal, sino el único que quedaba á la familia.

Además de las precauciones tomadas con el enemigo exterior, Napoleón había pensado también en tomar algunas contra el enemigo interior, es decir, contra los manejos que tendían á restablecer en Francia la república ó los Borbones. El archicanciller Cambaceres y el duque de Rovigo habían recibido orden de extender su vigilancia hasta los príncipes de la familia imperial y en

(1) Mr. Fain y otros escritores suponen que Napoleón hizo marchar desde entonces al papa á Roma, lo cual es un error demostrado por documentos auténticos; la salida de Fontainebleau fué con efecto el principio del viaje que llevó al papa á Roma; pero no fué ordenada con la intención de que regresara allí directamente. Más tarde sí Napoleón dió la orden de que le permitieran volver, por motivos que expondremos á su debido tiempo. En los archivos de la secretaría de Estado existen instrucciones de Napoleón y cartas del coronel Lagorce que no dejan duda sobre ninguno de estos puntos.

(N. del A.)

particular sobre ciertos dignatarios, como verbigracia Mr. de Talleyrand, que no cesaba de inspirar á Napoleón los recelos más extraños. Aunque privado del más activo de sus agentes, enviado con una misión cerca de Murat, Mr. de Talleyrand podía inspirar temores. Napoleón veía claramente en él al hombre en cuyo rededor, en un caso de descalabro, se agruparían sus enemigos de todas clases para edificar un nuevo gobierno sobre los restos del imperio destruído. Después de haber simpatizado con Mr. de Talleyrand, que le había correspondido, sintiéndose privado ahora del medio más seguro para agradar, la prosperidad, y recordando por otra parte cuántas veces había ajado á ese gran personaje, se decía que había hecho todo lo posible para ser aborrecido de él, y así es que contaba con su odio. Temíale sobre todo desde que se había pronunciado el nombre de los Borbones, pues aunque comprometido por su vida y sus opiniones en la revolución francesa, el antiguo obispo de Autún, á la sazón príncipe y casado, tenía una cuna tan ilustre, tanta flexibilidad de espíritu y tantos medios de ser útil á la antigua dinastía, que su paz con ella no podía ser difícil. Napoleón le consideraba, pues, como un terrible instrumento de contrarrevolución. Con tales presentimientos habría debido ó reducirle á la impotencia para hacer daño, ó ganarle á su persona; pero á pesar de su fuerza de ánimo y de carácter, Napoleón, como se ve muy á menudo, dormitaba al lado del peligro y observó, con respecto á Mr. de Talleyrand, una conducta incierta; le dejó libre, siendo alto dignatario y miembro del consejo de regencia, y en vez de acariciarle, puesto que le conservaba en toda su fuerza, le reconvino con dureza en vísperas de separarse de él; hasta tal punto sólo la vista de ese personaje le excitaba, le alarmaba y le irritaba. Le dijo que le conocía muy bien, que no ignoraba de lo que era capaz, que le vigilaría atentamente y que al primer paso dudoso le haría sentir el peso de su autoridad. Y luego después de apostrofarle así, se contentó con las palabras y no hizo más que recomendar al duque de Rovigo la más rigurosa vigilancia, tanto con respecto á Talleyrand como con otros elevados funcionarios que estaban en desgracia. El duque de Rovigo no era hombre que vacilaba en cumplir las órdenes que recibía, pero ¿qué había de hacer contra un adversario hábil, que sabía cómo conducirse para burlar la vigilancia, que además tenía una fama inmensa, á quien no se debía herir en la superficie, y que sabía muy bien encontrar el momento oportuno para atreverse á todo contra un enemigo que casi no se hallaría ya en poder de defenderse?

Napoleón, la víspera de marchar, quiso ver y arengar á los oficiales de la guardia nacional, á la que iba á confiar la seguridad interior y exterior de París. Había compuesto la guardia nacional, no de esa clase popular, valiente y robusta, tan capaz de defender enérgicamente lo que la confían como de derrocarlo torpemente, sino de hombres acomodados, enemigos de las revoluciones, que no habían olvidado que Napoleón había salvado á la Francia de la anarquía, aunque le echaban en cara que la había precipitado en una guerra funesta; de hombres, en fin, que detestaban la república y no amaban mucho á los Borbones. Napoleón, queriendo disputar las afueras de París con sus soldados, se proponía dejar á la guardia nacional el cuidado de preser-

var á su mujer y á su hijo de un movimiento anarquista ó realista en el interior de la capital. Así, pues, recibió á los oficiales de la guardia en las Tullerías, con su mujer á un lado y su hijo á otro, y adelantándose en medio de ellos, mostrándoles el niño llamado hacía poco á tan altos destinos y hoy consagrado quizá al ostracismo, á la muerte, les dijo que iba á ausentarse para defenderlos á ellos y á su familia, y para arrojar fuera del territorio al enemigo que acababa de atravesar nuestras fronteras, pero que al partir les dejaba en depósito lo que más quería después de la Francia, esto es, su mujer y su hijo, y que partía tranquilo, confiando semejantes objetos á su honor. La vista de aquel hombre extraordinario reducido á cabo de tantas maravillas á tales extremidades, que les presentaba en sus brazos á su hijo solicitando su custodia, produjo en ellos la más viva emoción, y prometieron con toda sinceridad que no entregarían á otros el glorioso trono de la Francia. ¡Así lo creían! ¡Quién de ellos, con efecto, aunque el campo

estuviese abierto entonces á las suposiciones, podía prever en aquel instante las escenas tan diferentes que en breve pasarían en ese palacio de las Tullerías, y confundirían la previsión no sólo de los que ocupaban el palacio, sino de sus sucesores, y de los sucesores de sus sucesores! Napoleón salió al día siguiente para Chalóns, y al salir estrechó fuertemente en sus brazos á su mujer y á su hijo, sin saber que los abrazaba por última vez. Su mujer lloraba y temía no volverle á ver más. Así debía ser, y no porque se lo arrebataran las balas enemigas. Mucho la hubieran sorprendido en verdad si la hubieran dicho que aquel marido, á la sazón objeto de todo su celo y cariño, moriría en una isla del Océano, prisionero de la Europa, y olvidado de ella. En cuanto á él, ninguna predicción le habría extrañado, pues todo lo esperaba, exceso de abandono, exceso de adhesión por parte de los hombres á quienes conocía profundamente y con los cuales se conducía, sin embargo, como si no los hubiera conocido.